

nos por los cabellos cabezas de muerto. Ésto es suficiente para decir, que la pintura representa el *Mictlan* en el norte de la vía-láctea. Pero á mayor abundamiento, debajo del cuadrado está representada gráficamente esa franja norte de la vía-láctea, con las garras de la deidad, y por cara una gran calavera. Para significar el norte, en el centro de la franja está el *Ometecpatl*.

Sin duda el lector habrá observado en cierta época del año, cómo la vía-láctea se extiende en el norte, inmediata al círculo polar, y de allí parten sus dos ramales en dirección del sur. Esa faja compacta del norte era el *Mictlan*, y allí llegaban á perecer los difuntos, y la materia muerta á confundirse con la materia eterna.

El dominicano Ríos, interpretando la figura 4 de la lámina I del Códice Telleriano-Remense, dice, en confirmación del rumbo del *Mictlan*, las siguientes frases: «Cada año quando hazian la fiesta de los muertos, mientras los sacerdotes hazian los sacrificios; todo el pueblo, cada uno en su casa, se subía sobre las azoteas de su casa, y mirando házia el Norte, hazian grandes oraciones á los muertos, cada uno á los que eran de su linage....»

Terminaremos tan importante punto con una observación. El viaje de los muertos duraba cuatro años. Vemos ya, cómo la cronología se impone en la misma teogonía, como se impuso también en las costumbres y en la historia. El período menor de la ciclografía mexicana era el de cuatro años: este período duran peregrinando los difuntos, antes de llegar á aniquilarse á la vía-láctea.

Ocurre pensar, que los indios fijaron este período de cuatro años en consideración de los cuatro astros cronológicos, por cuyos cielos iban á pasar los muertos. Lo cierto es, que por ellos pasaban para hacer su último viaje. ¿Acaso pensaban los mexicanos, que los muertos permanecían un año en cada uno de esos astros? No lo sabemos, aun cuando puede creerse por buena inducción lógica, pues cuatro eran los años de viaje, y eran cuatro también los astros por cuyos cielos ese viaje se hacía.

Lejos estamos de inferir por ésto, que los mexicanos creían en la pluralidad de los mundos; pero por lo menos los muertos hacían estancia pasajera en los astros, y volvían á la nada en la nebulosa madre de ellos.

Tales eran las sublimes concepciones de los nahuas sobre la muerte, y sobre la deidad que la presidía.

CAPÍTULO VIII.

El *Tlalocan*.—Resumen de las ideas de los cronistas.—Opiniones erróneas de los cronistas sobre que el *Tlalocan* era el Paraíso terrenal.—Su refutación.—El *Tlalocan* era el lugar adonde iban á perecer determinados difuntos.—Comprobación.—El himno á *Tlaloc*.—El dios *Tlaloc*.—Su descripción.—Su máscara.—Etimología de su nombre.—*Tlaloc* era sinonimia de la vía-láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales.—Pinturas del Códice Borgiano.—Los *Tlaloques*.—Pinturas del Ritual Vaticano.—Aspecto de la vía-láctea en las cuatro estaciones.—*Quechytotl* de serpiente.—Su descripción.—El arte que revela.—Su parte exterior representa a *Mictlan-cihuatl*, y las dos caras extremas á *Omecihuatl*.—Los brazos ó ramales son el *Tlalocan*.—Parte superior del yugo.—Los dientes de *Tlaloc*.—Comparación con la figura del *Tlalocan* de la urna cineraria del Museo.—La parte superior del yugo representa el *Tlalocan*.—Concordancia de las ideas expresadas en el yugo con las teogónicas de los nahuas.—El Olimpo indio.—Yugo del Museo.—Explicación del Sr. Gondra.—Disquisición sobre el uso del *Quechytotl*.—Su empleo en los sacrificios.—Nuevas ideas del Sr. Troncoso.—Pruebas del uso del yugo en los sacrificios.—Etimología de *Quechytotl*.—Sangre de los sacrificados en el yugo.—*Tamoanchan*.—Su identidad con el *Tlalocan*.—Confirmación de las ideas expuestas.

No era el *Mictlan* el único lugar adonde iban los muertos, si bien la gran mayoría de ellos allí perecía. Otro lugar existía para determinados muertos, y se llamaba *Tlalocan*.

El Sr. Orozco y Berra resume lo poco escrito por los cronistas sobre este punto. (1) «El segundo lugar, dice, (2) para el descanso de las ánimas se decía *Tlalocan*, lugar de *Tlaloc*, ó como traducen los autores, paraíso terrenal: era un sitio fresco, ameno, abundante en mantenimientos, tranquilo, satisfactorio y mansion de los dioses llamados *Tlaloques*. Los muertos de rayo, hidrópicos, leprosos, bubosos, sarnosos y gotosos, iban a aquel lugar, y sus cuerpos en lugar de quemados eran enterrados. A los cadáveres ponían semillas de bledos sobre el rostro, en la frente color azul y papeles cortados, y en la mano una vara que debería reverdecer en el paraíso.»

Desde luego volvemos a encontrar el empeño de los primeros frailes, de adular las ideas religiosas de los indios, para acomodarlas á las tradiciones cristianas. Así como en el *Mictlan* creían haber hallado el infierno, suponían en el *Tlalocan* un paraíso lleno de delicias. Si tal cosa fuera cierta, los indios habrían creído en la inmortalidad del alma. Merece, pues, este punto nuestra especial atención.

Sorprende lo muy poco escrito sobre el *Tlalocan* por los primeros cronistas: un párrafo de Sahagún, otro de Torquemada, repetición de aquel, y apenas dos renglones de Mendieta. (3) Hay, sin embargo, dos importantes pasajes de Sahagún relativos á esta materia. Uno es la oración á *Tlaloc*: (4) en ella repetidas veces se habla del cielo y del infierno, manera de traducir *Mictlan* y *Tlalocan*, siguiendo las ideas cristianas. Otro es el discurso que un padre dirigía á su hijo para recomendarle la casti-

(1) Sahagún, tomo I, página 264. Torquemada, tomo II, página 529.

(2) Historia Antigua de México, tomo I, página 51.

(3) Historia Eclesiástica Indiana, página 96.

(4) Historia, tomo II, página 64.

dad. (1) En éste leemos los siguientes párrafos dignos de nuestra consideración: «Hay otro género de personas que también son amadas de Dios y deseadas, y estas son aquellas que son ahogadas en la agua con alguna violencia de algún animal de ella, como del *avizotl*, ó de la *teponastli* ú otra alguna cosa. También aquellos que son muertos de rayo, porque todos estos, dijeron los viejos, que porque los dioses los aman, los llevan para sí al paraíso terrenal para que viviesen con el dios llamado *Tlalocatecutli* que se sirve con *vlli* y con *yauhtli*, y es dios de las verduras; estos así muertos están en la gloria con el dios *Tlalocatecutli*, donde siempre hay verduras, maizales verdes, y toda manera de yerbas y flores; siempre es verano, siempre las yerbas están verdes, y las flores frescas y olorosas. También de los mozueros y mozueros que mueren antes de tener experiencia de pecados ningunos, y mueren en su inocencia, en su simplicidad y virginidad; dicen los viejos que estos reciben grandes mercedes de nuestro señor Dios, porque son como piedras preciosas, y porque van puros y limpios á la presencia de Dios. Oye otra manera de gente son bienaventurados y amados, y los llevan los dioses para sí, y son los niños que mueren en su tierna niñez; son como unas piedras preciosas. Estos no van á los lugares de espanto del infierno, sino á la casa del dios que se llama *Tonacatecutli* que vive en los vergeles que se llaman *tonacaquauhtitlan*, (2) donde hay todas maneras de árboles, flores y frutos, y andan allí como *tzintzones* que son avecitas pequeñas de diversos colores, que vagan chupando las flores de los árboles.»

A primera vista se nota en este texto, cómo Sahagún traduce *Mictlan* y *Tlalocan* por infierno y paraíso, para identificarlos con los lugares de pena y premio eternos de los cristianos, desconociendo así por completo la ideología de los antiguos indios. Basta una sola consideración para echar por tierra tales errores: no eran las virtudes ni los sacrificios hechos en esta vida los que decidían del lugar de destino de los muertos. El hombre más bueno, el mejor ciudadano, el mejor hijo, el esposo más fiel, el más ejemplar padre de familia, si su muerte era común, iba al *Mictlan*; mientras un fascineroso, lleno de crímenes, causador de muchos males, y cuya vida había sido un perpetuo escándalo para la sociedad, si moría ahogado ó de muerte de rayo, iba al *Tlalocan*. En ninguna civilización, en ningún pueblo, podía ser el primero el lugar de castigo y el segundo el de premio. Repugna tal idea con los principios más elementales de la justicia; y por fortuna estos son generales en la humanidad. Luego el *Tlalocan* no era tal paraíso, sino otro lugar adonde iban determinados muertos, y nada más.

De ésto se infiere rectamente que allí no había tal inmortalidad. Basta ver que los niños se convertían en pajarillos, para comprenderlo claramente: era la eterna renovación de la materia; pero no la vida eterna del espíritu. No nos dicen los cronistas que los funerales fuesen diferentes para esta clase de difuntos: eran los mismos para todos ellos, y su simbolismo de destrucción después de los cuatro años de viaje, era por lo tanto común para todos. Los unos iban á perecer al *Mictlan*, y los otros al *Tlalocan*.

La llegada de los muertos al *Tlalocan* después de los cuatro años de viaje, está expresamente mencionada en el himno á *Tlaloc*, (3) en el cual se dice: «Después de cuatro años irán adelante, no para ser conocidos, no para ser contados; llegarán á la

(1) Id., id., página 141.

(2) Creemos que hay error en los nombres puestos por Sahagún, tal vez de imprenta ó de copia, pues los mismos están en el Kingsborough. En nuestra opinión deben ser *Tlalocatecutli* y *Tlacaquauhtitlan*.

(3) Brinton. *Rig Veda Americanus*, página 24.

hermosa casa, para unirse en conjunto en la casa de luz de piedra, en el camino de piedra de la casa de luz.» (1) Mr. Brinton, en su nota, (2) reconoce que el compuesto *nauhxiuhlica*, después de cuatro años, se refiere al viaje que durante ese tiempo hacían los difuntos para llegar al palacio de *Tlaloc*, al cual, siguiendo á los cronistas, llama también paraíso terrestre. (3)

Comprobado, que así como la generalidad de los difuntos iba al lugar llamado *Mictlan*, en donde perecían, y que los ahogados, muertos de rayos y los niños, iban á perecer al *Tlalocan*, es ahora importante averiguar en dónde colocaban los indios este sitio.

Acaso se tendrá por audaz nuestra opinión, por lo menos enteramente nueva; pero nuestro sistema de estudio consiste precisamente en no seguir ningún sistema, en no apegarnos á lo que otros escritores han dicho, en ir corrigiendo nuestras ideas anteriores por el resultado de constantes averiguaciones, y reducirnos á consignar lo que encontramos, sin creer precisamente que hayamos llegado á lo cierto; pero sí con la convicción de haber andado algunos pasos en el camino de la verdad, que otros más felices ó más capaces llegarán sin duda á recorrer hasta su extremo.

Veamos ante todo lo que los historiadores dicen sobre el dios *Tlaloc*. Aquí también seguiremos al Sr. Orozco y Berra, que resume lo escrito por aquellos.

«El dios del agua, dice el Sr. Orozco, (4) era *Tlaloc*. El nombre parece indicar, fecundador de la tierra, lo cual se aviene con el dictado que le daban de engendrador de las aguas. *Tlaloc* ó *Tlalocatecutli*, según aparece en una pintura que á la vista

(1) Aparte de que pudiéramos considerar los himnos nahuas adulterados por los primeros frailes ó por los indios convertidos, Mr. Brinton se preocupa como ellos, de su consonancia con las ideas cristianas. Así, termina la traducción de este versículo diciendo: «y conocerán la doctrina.» Esta palabra doctrina, solamente puede tomarla de la mexicana del texto: *teizcalliquetl*. *Teizcalli* es en el Vocabulario de Molina, foja 96, «cosa que da doctrina y abiu y da entendimiento.» No se trata, pues, de doctrina religiosa, ni de ir á conocer la doctrina, sino que la palabra se refiere á lo que en lo general enseña. Pero además fijémonos en que la madre creadora es la casa de luz de piedra, y por eso metafóricamente se llama lo mismo al pensamiento. En los cantos sagrados debemos buscar, no la significación vulgar de las palabras, sino la teogónica: y ni aun la vulgar se opondría á nuestras ideas.

(2) Ibid., página 26.

(3) En este texto hay algo muy notable, una idea velada en las frases del versículo; pero que con los conocimientos que ya tenemos, se percibe claramente. Los difuntos llegan al *Tlalocan*, después de los cuatro años del viaje mortuario, *no para ser conocidos, no para ser contados*: si los mexicas hubiesen creído en la inmortalidad, los difuntos habrían sido allí conocidos, porque los seres inmortales conservan su personalidad; y por lo mismo habrían sido contados. Por el contrario, agrega el texto que iban á unirse en conjunto, es decir, á confundirse en el *Tlalocan*. Es la materia muerta siempre confundiendo con la materia creadora. Por eso la materia difunto que llega de la tierra y á la materia cósmica se mezcla, ya no puede ser conocida, y las muchas materias difunto ya mezcladas y confundidas con la materia madre, ya no pueden ser contadas. Ya todas unidas á la casa de luz de piedra, ó sea á la materia astronómica creadora, forman un todo con ella; y ésta sigue constantemente creando, y constantemente recibiendo la materia muerta, y siempre renovándola y dándole nueva vida, en la incesante y eterna elaboración cósmica. Así, era la misma la idea nahua respecto de los muertos que iban al *Mictlan* y los que iban al *Tlalocan*. Y no podía ser de otra manera. Como ya hemos observado, los nahuas tenían un sistema teológico perfecto, una filosofía completa, lógica y profundamente elaborada; todo establecido sobre bases fijas é inmutables; y si á veces aparecen deficiencias ó contradicciones, débese solamente, ó á mala interpretación de los textos, ó á que los primeros cronistas no supieron expresar ideas tan ajenas de las suyas y tan extrañas para ellos, tanto más cuanto que su ánimo y la poca ilustración de su época los preparaba más para la piedad que para la filosofía.

(4) Historia antigua de México, tomo I, página 53.

tenemos, está en figura de un hombre bien formado: lleva en la cabeza una diadema de plumas blancas y verdes, con un adorno de plumas rojas y blancas; el pelo largo tendido á la espalda; al cuello una gargantilla verde como agua; del cuello al muslo, sin mangas, una túnica azul, con adornos como red, prendidas las mayas con flores; adornos de oro en las pantorrillas, pulseras *chalchihuitl*; en la una mano el *chimalli* azul profusamente adornado de plumas amarillas, verdes, rojas y azules, y en la otra una lámina de oro aguda y hondeada representando el rayo: el cuerpo es negro. Nunca podía verse el rostro de los dioses, y por eso aquellas divinidades le tenían cubierto con una máscara. La de *Tlaloc* es muy característica: es un ojo circular rodeado por una curva particular, que en la parte inferior se prolonga hacia abajo, para encorvarse de nuevo hacia arriba; lleva una encaja roja, de la cual se desprenden unos dientes largos, curvos y agudos. Ese conjunto *sui generis* aparece en las pinturas jeroglíficas, ya como el nombre del dios, ya como el símbolo de la lluvia. Y más adelante agrega: (1) «Refiérese la antigüedad del culto de *Tlaloc* al tiempo de los toltecas: nos persuadimos á que pertenece á una religion y época anteriores, porque los toltecas á los principios fueron deístas, y al fin cayeron en la idolatría.»

En las anteriores líneas lo primero que llama la atención, es lo poco que estudiaron los cronistas la personalidad teogónica de deidad tan importante, pues únicamente nos dicen que fué dios de las lluvias. En cuanto á la antigüedad de su culto, cierto es que se remonta á la época de los nahuas; sin que tenga razón el Sr. Orozco en llamar deístas á los toltecas, porque su idolatría astronómica se manifiesta clara desde los principios de su establecimiento en Tollan, pues comenzaron por dedicar al sol y á la luna las dos pirámides de Teotihuacan.

La etimología de los nombres de los dioses es, sin duda, buen medio de conocerlos. El Sr. Orozco dice que el nombre de *Tlaloc* parece indicar fecundador de la tierra. La raíz *tlal* bien se refiere á tierra; pero *oc* no da la idea de fecundador. Buscando esa importante etimología, escribimos en nuestra Historia Antigua lo siguiente: (2) «Entre los nahoas fué también de los primeros el dios *Tlaloc*. Esta divinidad representa el elemento agua. Su nombre viene de *tlalli*, tierra, y de *oclli*, vino de maguey, porque las lluvias son el vino que vivifica y refresca la tierra.» (3) Esta etimología me pareció entonces buena, y fué bien aceptada; pero después he reflexionado, que ni tiene significación astronómica, ni los indios consideraban el pulque como licor vivificador, sino como causa de la embriaguez, la cual era tan odiada de ellos, que condenaban con pena de muerte á los borrachos. En último caso podía ser esta la significación vulgar; pero sin duda no era la astronómica. Díme á buscarla, y creo haberla encontrado. Los elementos de la palabra *Tlaloc* no varían ni pueden variar: son *tlalli* y *oclli*. Ahora bien: hemos visto ya cómo *tlalli* astronómicamente se aplica á todo cuerpo celeste. Esto nos daría la etimología astronómica de *Tlaloc*: cuerpo celeste de pulque. Los pueblos antiguos del viejo continente llamaron á la gran nebulosa vía-láctea, porque les pareció camino de leche, á causa de su forma y su color lácteo. Los nahuas no tenían los animales que más comunmente producen la leche que se consume, como vacas, cabras, etc. En cambio tenían el pulque, cuyo color y aspecto bien les significaba los de la vía-láctea. El dios *Tlaloc*, pues, era otra sinonimia de la vía-láctea. (4)

(1) Ibid., página 55.

(2) Página 99.

(3) Explicación parecida da el Intérprete del Códice Vaticano. Tavola LVII.

(4) Desde luego parecerá audaz mi aseveración; pero recuerdo que cuando por primera vez dije al Sr. Orozco y Berra que *Tescatipoca* era la luna, no pudo menos de echarse á reír y mote-

La etimología nos parece correcta, y da la significación que asentamos. No podemos, por lo mismo, admitir la del sabio Mr. Rémi Siméon, el cual en su Diccionario dice: (1) «La imagen del *Tlaloc* representa un hombre recostado sobre la tierra. RR. *tlalli, onoc*.» En primer lugar jamás hemos visto representado á *Tlaloc* en esa postura: casi siempre está de pie, como puede verse en la pintura del Atlas del P. Durán, Apéndice, á la cual se refiere el Sr. Orozco y Berra en el párrafo antes citado. En segundo lugar esas palabras, conforme á las reglas de composición del mexicano, nos darían *Tlalonoc*, y nunca *Tlaloc*.

Resultan, pues, sinonímicas las deidades *Tlaloc* y *Mictlancihuatl*: y como los nahuas habían colocado el *Mictlan* en la parte norte de la vía-láctea *Mictlancihuatl*, podemos por inducción lógica decir, que á su vez colocaron el *Tlalocan* en los ramales de la vía-láctea *Tlaloc*. Veamos si las pinturas jeroglíficas confirman esta idea. Pero desde luego fijémonos en la máscara de *Tlaloc*, cuyos ojos se unen generalmente por medio de un retorcido que forma la nariz, pues se asemejan mucho á las dos ramas con asteroides que hemos visto en el árbol florido en que la vía-láctea *Cuetzpalin* se metamorfoseó.

Recurramos en primer lugar al Códice Borgiano. Inmediata á la pintura del *Mictlan*, la cual está en la página 32, hay en la 31 otra, que si se observa bien, es la continuación de aquella: abierto el Códice en esas dos páginas, se percibe claramente cómo las dos pinturas son un todo. Para mayor claridad reproduciremos la descripción que de esta pintura hace Fábrega. Dice: (2) «La presente página contiene 2 cuadros, uno superior, otro inferior; ambos con orla que parece cornisa, semejante á la de los 2 cuadros anteriores; con esta diferencia: que la del cuadro superior está formada por un cuerpo varonil, ceniciento, vorticoso y con vírgulas, dividido por una línea roja; la cabeza de este cuerpo obsérvase arriba; sus brazos y piernas hacia los ángulos exteriores; hacia los interiores vense cuatro caracteres rituales dentro de ciertos círculos: por el orden por el cual observamos á los de la página precedente, son los que siguen: *Ehecatl* en el inferior derecho; *Mazatl* en el superior derecho; *Malinalli* en el superior izquierdo; *Ollin* en el inferior izquierdo. Si debe vérselos con este orden serán ellos los característicos de los cuadrienios é indicaciones del 18 ciclo *Ehecatl*.»

Dejando á un lado en este párrafo lo que á la parte cronológica se refiere, encontramos dos cuadros con la cornisa con garras, la cual, según hemos visto antes, simboliza á la vía-láctea: de manera que por inducción clara podemos decir que sin duda representan dos partes de la misma vía-láctea. Siguiendo los nahuas su sistema constante de la dualidad, á una la dan el caracter masculino con el cuerpo varonil, y á la otra el femenino por medio de un cuerpo rojo de mujer, adornado de estrellas. (3) Ahora bien: su unión á la faja del *Mictlan*, ó sea á la parte compacta de la vía-láctea que queda en el norte, nos hace suponer con fundamento que estos dos cuadros son la representación de los ramales de la nebulosa que bajan al sur hasta la Cruz, pues no podemos tomar en consideración á la Mosca, porque quedan casi todas sus estrellas, respecto de México, en el círculo de perpetua ocultación.

jarme, como otros lo han hecho, de visionario. Sin embargo, después el mismo Sr. Orozco, ya con mi idea y con sus estudios, la aceptó en su Historia antigua de México, tomo I, página 122, en donde también admite sus luchas con venus, de las cuales yo el primero había hablado en el Apéndice del P. Durán.

(1) Página 544.

(2) Página 145.

(3) Página 147.